

Discurso y poder

El lugar de la violencia simbólica en el discurso de la información

“EL RACISMO, MUTILADOR, IMPIDE QUE LA CONDICIÓN HUMANA RESPLANDEZCA PLENAMENTE CON TODOS SUS COLORES. AMÉRICA SIGUE ENFERMA DE RACISMO; DE NORTE A SUR, SIGUE CIEGA DE SÍ”^I.

A
M
C
L
A
J
E
S

56

Tram[pl]as

El propósito del presente trabajo es poner en juego una serie de categorías analíticas provenientes del Análisis Crítico del Discurso, a partir de la revisión de un artículo periodístico publicado en la revista *La primera de la semana* dirigida por Daniel Hadad. El ACD resulta una herramienta teórica-metodológica más que interesante para analizar distintos tipos de discurso, especialmente el discurso racista ya que permite de alguna manera tomar conciencia de la *relación lenguaje-poder y sociedad constitutivas y constituyentes de las prácticas discursivas* y por tanto, de la vida social.

I. El caso de la Revista La Primera

En el cuento de Franz Kafka, “En la Colonia Penitenciaria”, el condenado desconoce su sentencia, tampoco sabe que ha sido juzgado; pero sería inútil anunciársela, dice el oficial juez, porque ya la sabrá en carne propia... Así como el oficial ejecutor imprime “la culpa” en el cuerpo del condenado, los grupos dominantes marcan en los “otros”^{II} -las minorías e inmigrantes- la incompreensión cultural, los conflictos étnicos, los prejuicios, la xenofobia, el etnocentrismo, el antisemitismo y el racismo^{III}.

María Belén **Del Manzo**

Licenciada en Comunicación Social, FPyCS, UNLP. Alumna de la Maestría en Comunicación e Imagen Institucional. Universidad CAECE-Fundación Walter Benjamín. Integrante de las cátedras Lingüística y Métodos de Análisis Lingüístico y Francés, FPyCS, UNLP.

El multiculturalismo, en otras palabras, el respeto por el otro y la tolerancia de grupos étnicos que son diferentes entre sí es sólo un ideal social, político y moral. Al igual que en aquel valle apartado, la sociedad humana descubre en relación con la “diversidad” el horror y, a su vez, el absurdo reflejado en el lenguaje, en el discurso y en la comunicación.

Así ocurre en nuestro país, cuando el **sujeto enunciator** desde la revista *La Primera* caracteriza a los inmigrantes como *sucios, hacinados, borrachos, promiscuos, tramposos y delincuentes*, en una nota sobre la situación inmigratoria argentina firmada por el periodista Luis Pazos. Al respecto, todo discurso tiene su origen en alguien y va dirigido a alguien, es decir, existe un **ser empírico** productor efectivo del mensaje y al mismo tiempo, un **locutor**, quien lo concreta. En este caso específico ambos coinciden. Sin embargo, es de destacar que nuestro locutor evoca y atrae a su propio discurso una diversidad de voces, instaurando distintos **enunciadores** que presentan sus puntos de vista y perspectivas del tema. Sin lugar a dudas, el lenguaje participa en el mantenimiento y legitimación de la violencia.

-simbólica-, deja de manifiesto en el enunciado las relaciones de dominación y sometimiento. Pues bien, es claro que cuando a los inmigrantes se les otorga el tratamiento de *ilegales*, desde el poder se les impone un nombre que los rotula como pertenecientes a una clase, la de los condenados.

El discurso tiene un papel muy importante en la concreción y la reproducción de un sistema so-

cial de prácticas que tienden a la discriminación y a actitudes étnicas e ideológicas prejuiciosas. “(...) El habla y el texto racista son, en sí mismos, prácticas discriminatorias que, al mismo tiempo, influyen en la adquisición y la confirmación de los prejuicios e ideologías racistas. Esto ocurre, en especial, en los grupos de elites e instituciones de “raza” blanca, como la política, los medios de difusión (...), cuyo prestigio, poder e influencia han tenido un papel determinante en la “preformulación” del racismo en general”^{IV}.

El texto que sometemos al análisis muestra la configuración, en los últimos años, de una política discriminatoria construida casi exclusivamente para el migrante andino (Bolivia y Perú) y paraguay. La misma pretende operar con elementos racistas, de explotación e impunidad.

La inmigración rara vez aparece como una cuestión neutra sino como un grave problema, una amenaza, una “*invasión silenciosa*” como se titula en la revista. El indocumentado re-construido por la sociedad y en especial por el cuerpo policial está en vinculación con el delito como el *asalto callejero, el tráfico y consumo de drogas, la prostitución y los disturbios violentos*. La oposición enunciativa nosotros/ellos se hace evidente a lo largo de la muestra. De esta manera, el racismo y los delitos nunca son considerados un planteo de “nosotros” (de nuestros políticos, de nuestras instituciones, de nuestros medios de comunicación) sino que por el contrario siempre son “ellos” los causantes de todos los problemas sociales.

O sea, se recurre a una estrate-

gia discursiva que presenta a los otros en términos negativos y una autorepresentación del nosotros positiva, contribuyendo así a la formación de representaciones sociales acerca de esos grupos externos que favorecen la reproducción del racismo.

“(...) Llegaron para quedarse. Los extranjeros ilegales que invaden en silencio la Argentina ya son más de dos millones (...)”.

(...) El viento impiadoso de la extrema pobreza trajo a los indocumentados de La Paz, Lima o Asunción. Llegaron dispuestos a hacer lo que fuera necesario para sobrevivir y lo hicieron. Hoy utilizan nuestros hospitales y escuelas, toman plazas y casas, ocupan veredas y les quitan el trabajo a los argentinos (...)”^V.

En estas palabras subyace el **mito demonizador** que proyecta nuestras frustraciones como país en chivos expiatorios más pobres, más débiles e imposibilitados al acceso de los medios de difusión masiva; su discurso suele ser cuestionado, relegado o ridiculizado.

Es frecuente entonces la utilización de figuras del lenguaje como la metáfora, en las que algo es descrito en términos de algo que literalmente no es, para hablar de la inmigración. Un recurso lingüístico que legitima actitudes de prejuicio, en este caso, para construir una imagen del inmigrante a través de la asociación con el delito y la marginalidad. Al punto de considerarlos objetos, cosas externas plausibles de ser eliminados. El empleo de estas metáforas activa nociones de sentido común acerca de las relaciones e identidades sociales.

Como un tumor que es necesi-

rio extirpar, la inmigración latinoamericana escondería los males que aquejan a la Argentina: se intenta probar a través de datos distorsionados, fuentes inventadas y cifras manipuladas que los extranjeros son los culpables de la falta de salud pública, educación, del elevado desempleo y de la delincuencia. Por lo tanto, se ponen en juego una serie de estrategias discursivas que nos permiten examinar de qué modo se expresan los conflictos y las desigualdades.

Son acusados y juzgados por toda clase de pecados y malos hábitos, demonizando a un grupo y denotándolos como un instrumento más del racismo desplazado.

Esto sucede en parte, cuando un grupo tiene más poder y utiliza la **diferencia** como un recurso para dominar o excluir. Es el discurso de la degradación social. Añadamos a esto el aspecto contextual y las nuevas formas de esclavitud y segregación. Este dominio incluye además de percepciones y valores, una desigualdad en el acceso a recursos, como por ejemplo, una restricción a la ciudadanía, a una vivienda adecuada, a un trabajo digno, a la escolaridad y a otros bienes no sólo materiales sino también simbólicos como la pérdida de sus referencias sociales, culturales y religiosas.

II. El malestar de los sentidos

Es necesario observar que en el discurso racista, los prejuicios aparecen a menudo en conexión

con el ambiente, la atmósfera. Cuando el enunciador ataca a la América oscura que según él nos *invade, ensucia y degrada*, monta su escenario a partir de los sentidos, de aquel mito arraigado históricamente entre el hedor y la pulcritud.

Para Jorge Simmel los sentidos generan sentimientos de placer y dolor. Estas impresiones sensoriales se constituyen como un puente hacia el otro, como objeto de mi conocimiento^{VI}. Las fotografías que acompañan al texto revelan aquellos rostros morenos, mal vestidos de pelo duro y raíz indígena.

“(...) En la mirada, que el otro recoge se manifiesta uno así mismo... La mirada propia revela al otro el alma al tratar de descubrir el alma del otro (...)”^{VII}.

Existe en la vista una relación inmediata y pura con el objeto, será por eso quizás que al momento de observar esas imágenes nos sentimos **desenmascarados**, no sólo porque advertimos un antiguo miedo, sino porque aquella cara esconde todo lo que el individuo ha traído como supuesto de su vida. “(...) En el rostro está almacenado todo el pasado, que ha descendido al fondo de su vida y ha tomado en él la forma de rasgos fijos (...)”^{VIII}.

Sus “caras aindiadas”, como las define el propio autor, ocultan verdades desconocidas que penetran en los surcos de sus rostros, en su piel parda y en ese mirar constante que nos acusa no sabemos de qué.

Quizás la América Precolombina (la de nuestros antepasados),

en esas miradas, en esos surcos nos pide rendir cuentas: Cristóbal Colón bautizó a los nativos como caníbales, el adelantado Alvar Núñez los pronunció por esclavos y que se les hiciera la guerra.

Toda violencia inseparable a la conquista es precedida por un proceso de **deshumanización**. Éste puede reconocerse en los términos con que se designa a los grupos humanos: los hombres y cristianos eran los “europeos” o “españoles” frente a los indios, caníbales, salvajes, bárbaros, etc. Es decir, no se les reconoce atributos humanos^{IX}.

El sujeto enunciador no está exento de ello, los describe a grandes trazos: son delincuentes, son sucios, tienen mal olor y les gusta vivir hacinados. Se presenta al otro en términos negativos; se genera la sensación de un antagonismo irremediable entre ellos y nosotros, entre el hedor y la pulcritud.

Para Kuch sentimos cierta satisfacción de pensar que efectivamente estamos limpios y que ellos, los bolivianos, paraguayos y peruanos, no lo están. Y lo pensamos, agrega el autor, porque si no, perderíamos la poca seguridad que tenemos, aunque sea una seguridad exterior, manifestada en esas impresiones sensoriales (sobre todo de la vista y el olfato), hasta el punto de hablar de hedor con el único propósito de avergonzar a los otros, los que en esas imágenes nos miran con recelo^X.

Es necesario subrayar que, se-

gún Simmel, la atmósfera olfativa que rodea al hombre tiene una gran importancia sociológica entre las “razas” establecidas en un mismo territorio. Por esta causa, el vaho hediento no es sólo el hedor, sino que es la molestia, la incomodidad de todo ese ambiente.

“(…) El hedor es un signo que no logramos entender, pero que expresa de nuestra parte, un sentimiento especial, un estado emocional de aversión irremediable... Más aún, se trata de una emoción que sentimos frente América Latina, hasta el punto de que nos atrevemos a hablar de un hedor de América (...)”^{XI}.

Y la suciedad de América es todo aquello que se da más allá de nuestra pulcra y cómoda ciudad. Es aquel boliviano trabajando en las quintas, lo son las mujeres que deben sobrevivir como empleadas domésticas y vendedoras ambulantes, son aquellos niños pobres y desdentados que en un futuro no muy lejano podrían convertirse en víctimas del

irracionalismo, por el delito de portación de cara.

De ahí que la cuestión social no sea sólo una cuestión moral, sino también una cuestión nasal. Puesto que todo lo que no es ciudad ni pulcritud no es más que un hedor capaz de ser exterminado. El mito de la pulcritud -que se repite a lo largo de nuestra historia- parecería encontrar su remedio en el progreso y la técnica. Pero repentinamente se nos aparece en aquel rostro moreno, en aquellos hombres comiendo *cebiche* en las veredas.

No es azaroso el “sentido común” que se intenta imponer en *La Primera*, ya que en Argentina los prejuicios étnicos y nacionales siempre existieron. Cuando encontramos expresiones como “ (...) A diferencia de la inmigración que soñaron Sarmiento y Alberdi, no vienen de las capitales de Europa. Llegaron de Bolivia, Perú, Paraguay. Son el sueño hecho realidad de los ideólogos de la izquierda setentista. Son parte de lo que Perón llamó la Patria Grande y Menem la América Mo-

rena (...)”^{XII}, es imprescindible entonces, “**mirar atrás**” para poder comprender el presente.

Para concluir, es necesario volver a subrayar que el discurso congela un flujo de la realidad, enmarcándola en un destino de perdurabilidad. Sin embargo, también está implícito en sus piezas la fugacidad del tiempo. Por tal motivo, la discriminación, el racismo son, desde épocas remotas, formas de opresión. El otro se nos presenta, al igual que en un espejo, como una imagen de nosotros mismos que suele infundirnos miedo, ese miedo original ante una Argentina bárbara. Nos turba pensar que ese otro diferente en realidad sea nuestro igual.

Han transcurrido años de convivencia y pese a ello, no conocemos aquella raigambre histórica del hombre americano. Ignoramos quién sea.

La **invasión silenciosa** nos abre las puertas a una crítica profética, permitiéndonos reflexionar sobre las invariantes de la historia y la sociedad.

Notas

I Galeano, E. En: La escuela del mundo al revés. Patas para arriba. S/l, s/f; pág. 58.

II Según Van Dijk, la oposición fundamental nosotros-ellos/los otros es un ejemplo clásico de esta forma de codificación pronominal para expresar contraste, oposición y conflicto social, como también etnocentrismo.

III Es necesario destacar que según Van Dijk “las razas” no existen biológicamente: son sólo construcciones sociales basadas en la percepción de sentido común de las diferencias superficiales de aspectos (sobre todo el color de la piel).

IV Van Dijk, T. En: El discurso como interacción social. Cap. 6 “Discurso, filiación étnica, cultura y racismo”, Barcelona, Ed. Gedisa, 2000.

V Fragmento extraído de “La invasión silenciosa”. En: Revista La Primera de la semana. Año 1, n° 3, 4/04/00.

VI C.F. Simmel, J. En: Sociología-Estudios sobre las formas de socialización. “Sociología de los sentidos”. Buenos Aires, Ed. Espasa Calpe, s/f; pág. 237.

VII Idem. Op. cit. 7; pág. 239.

VIII Idem. Op. cit. 7; pág. 239-240.

IX C.f. Lopreto, G. “Prólogo a la violencia”. En: Oficios Terrestres, revista de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social; pág. 62.

X C.F. Kusch, R. En: América profunda. “Introducción a América”. Buenos Aires, Ed. Bonum, 1962.

XI Idem. Op. cit. 11; pág. 12.

XII Idem. Op. cit. 6.

María Belén **Del Manzo**

El lenguaje del racismo

[Bibliografía]

KUSCH, R.

En: *América Profunda*. "Introducción a América". Ed. Bonum, Buenos Aires, 1962; Pp. 9-18.

LOPRETO, G.

En: *Oficios Terrestres*, revista de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social. "Prólogo a la violencia"; Pp. 61-72.

SIMMEL, J.

En: *Sociología-Estudios sobre las formas de socialización*. "Sociología de los sentidos", Ed. Espasa Calpe, Buenos Aires, s/f; Pp. 237-255.

VAN DIJK, T.

En: *El discurso como interacción social*, Cap. 6, "Discurso, filiación ética, cultura y racismo". Ed. Gedisa, 2000, Barcelona; volumen 2; Pp. 213-261. www.pagina12.com.ar; fecha 7-8/07/2000.

A
M
C
L
A
J
E
S



Trámplas